

DEL AMOR Y EL MATRIMONIO (3)

Padre Arnaldo Bazan

5. LAS DIFERENCIAS ENTRE LOS SEXOS

A lo largo del tiempo se han exagerado, ciertamente, las diferencias entre el hombre y la mujer, concediéndole, sin razón alguna, ciertos privilegios al primero, como si así tuviera que ser.

Lo que dio preponderancia al varón fue, sin duda, su mayor fortaleza física, que sobre todo en edades primitivas, fue factor poderoso para el sometimiento de la hembra.

Esto creó un patrón de conducta que, prácticamente, ha durado hasta nuestros días, pues es conocido que, aún hoy, son muchos los lugares donde el hombre mantiene con la mujer una relación de opresor a oprimido.

Las diferencias anatómicas y fisiológicas entre el hombre y la mujer, si bien a primera vista aparecen como grandes, no lo son tanto en realidad, pues fuera de algunos órganos, todo lo demás es prácticamente igual. Lo mismo ocurre con las diferencias de tipo psicológico.

Estas diferencias, tanto en lo físico como en lo espiritual, están destinadas a una complementación de los dos sexos, para que su mutua colaboración sea un enriquecimiento para ambos.

La distinta visión que hombre y mujer tienen de las cosas hace que la opinión de uno deba ser complementada con la del otro. Esto explicaría la pobreza y la falta de imaginación que caracterizaría un mundo donde haya sólo hombres o mujeres.

Diferencias no tiene que significar enfrentamiento. Las distintas capacidades y dones, por el contrario, suponen una posibilidad de compartir algo y, en la unión, aportar cada uno lo suyo para el bien común.

Si las diferencias anatómicas son fáciles de definir y catalogar, no así las de tipo espiritual, afectivo o psicológico, las que no hay manera de distinguir si no es por medio de la observación de la conducta de los individuos.

Una cosa salta a la vista: muchas de las supuestas diferencias que existen entre los sexos no son consecuencias del ser hombre o mujer, sino de condicionamientos socio-culturales que han ido ejerciendo su influencia a lo largo de siglos.

Esto es fácil de demostrar, pues todavía hoy las distintas culturas siguen presionando sobre los seres humanos, y no es lo mismo una persona nacida y criada en China que en México o en Francia.

A los varones se les ha criado con un concepto totalmente diferente al de las hembras, como si existiese un doble código. Para los primeros todo es permitido, mientras que a las segundas se les ha tratado, ordinariamente, más reciamente, a fin de que conserven lo que se supone es la virtud propia de las damas.

Muy frecuentemente se ha dicho a los muchachos: "Los hombres no lloran", siendo esto, sencillamente, un solemne disparate. Con todo, tales formas de actuar van influyendo en el sujeto, que por no parecer más flojo que los demás aprende a reprimir sus sentimientos, con grave riesgo para su salud afectiva.

Por otro lado, al hombre se le ha enseñado un concepto totalmente infundado de la virilidad, poniéndose el énfasis en la capacidad fisiológica sexual, reduciéndolo todo a algo físico y mecanicista, en lo que apenas tiene lugar el afecto o amor.

La mujer, en muchos casos, se convierte en un puro instrumento de placer, regalo apreciado al egoísmo del hombre, de modo que no es raro considerar que mientras más mujeres sea un hombre capaz de poseer más hombre será.

El rebajamiento de la mujer se ha completado con la socorrida creencia de que sus funciones son puramente secundarias, como cuidar de los niños, coser, lavar, cocinar y atender a los quehaceres domésticos.

El mundo perdió, durante siglos, por lo tanto, el magnífico aporte que la mujer podría haber proporcionado, y que el hombre consideraba algo de lo que muy bien se podría prescindir.

6. EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Muchas personas no pueden entender por qué el matrimonio es un sacramento, ya que piensan que esta institución existía mucho antes de la venida de Cristo, concretamente desde la misma creación del ser humano.

Sin embargo, esta realidad no es óbice alguno para que lo sea, por cuanto la institución matrimonial, precisamente por entrar desde los comienzos en el plan salvífico de Dios, estaba sólo aguardando a que Jesucristo la elevara a la categoría que, desde un principio, habría de corresponderle.

Aunque el matrimonio es ciertamente una realidad para el presente, pues como el propio Jesús dijo, en el cielo nadie se casará (ver Mateo 22,30), no por ello deja de ser un instrumento de gracia y un vehículo del amor de Dios y de la acción del Espíritu Santo, que es lo que define un sacramento.

Así como la fe y la esperanza, también los sacramentos tienen como finalidad la consecución del Reino de Dios, aunque en el cielo ya no subsistirán ni las dos primeras virtudes teológicas ni los sacramentos.

¿No es la Unción de los Enfermos, primordialmente, un medio para la salud física de quien lo recibe, aunque al mismo tiempo sirva como vehículo de la gracia?

Mientras en el Bautismo se usa el agua, en la Eucaristía el pan y el vino, en la Confirmación la imposición de manos y la unción con el Crisma, en el Matrimonio la materia del Sacramento es la intención misma de los esposos de permanecer amorosamente unidos para toda la vida, por lo que entregan, el uno al otro, todo lo que son y lo que tienen.

Curiosamente es éste el único sacramento en el que los que lo reciben son, al mismo tiempo, los ministros, ya que uno al otro se dan el vínculo sacramental que les confiere la gracia.

Por lo mismo, la forma sacramental la constituyen las promesas que los esposos usan para declarar que se amarán y serán fieles todos los días de sus vidas.

Este es un "sacramento de vivos", es decir, se ha de recibir en estado de gracia, pues de lo contrario los efectos del sacramento quedan suspendidos hasta que reciban el perdón de los pecados.

Esto nos indica que cuando uno de los contrayentes no tiene fe, pese a estar bautizado, pero acepta casarse por la Iglesia sólo para complacer al otro, la gracia sacramental la recibe únicamente el cónyuge creyente. El otro la recibirá cuando se convierta debidamente y reciba la absolución de sus culpas.

Esto se debe a que nadie puede acrecentar lo que no tiene, y si en el Bautismo recibimos la nueva vida en el Espíritu, los demás sacramentos, con excepción de la Penitencia, lo que hacen es aumentar y mejorar esa vida en nosotros, al mismo tiempo que nos conceden gracias específicas para cumplir lo que el propio sacramento nos exige.

Arnaldo Bazán